

TEMA 20.

LA DICTADURA Y EL FIN DE LA MONARQUÍA (II)

1. LA OPOSICIÓN AL RÉGIMEN: LOS PARTIDOS DEL TURNO Y LOS REPUBLICANOS

Uno de los factores que explican el mantenimiento de la Dictadura es la impotencia de la oposición que no se debió a los medios represivos utilizados en su contra porque no se prohibió ningún partido político, sino que periódicamente se puso sordina a sus actuaciones. La propia censura no podía calificarse como fuertemente persecutoria.

Sería lógico pensar que como la Dictadura desplazó del poder a los partidos de turno, encontrara gran oposición en ellos, pero no fue así; el golpe de estado se consideraba inevitable. Romanones afirmó que la Dictadura hubiera hecho posible olvidar su "pecado original" si hubiera durado poco y se hubieran limitado a arreglar el problema de Marruecos. Los incidentes con los opositores tuvieron muy poca trascendencia.

La irritación de la "vieja política" aumentó con el paso del tiempo. Las acusaciones de inmoralidad colectiva a las que la sometía el Dictador, podían considerarse como un ataque no personal, pero siempre que no fueran muy tenaces. La actuación con respecto al caciquismo pudo tener una gran efectividad, pero contribuyó a desorganizar los sistemas clientelísticos en los que se basaba la política de turno. La oposición de la vieja política era poco peligrosa para el Dictador, que disponía de la posibilidad de limitar la propaganda contraria, pero además, los miembros de los partidos de turno no eran dados a esta forma democrática de actuación. La política que ellos siempre habían practicado era la de "notables", basada en la desmovilización y no podían recurrir a unas masas de las que siempre habían estado alejados. En esas condiciones, la protesta de los políticos de turno quedó reducida a gestos más o menos aparatosos, pero inocuos para Primo de Rivera.

En los primeros meses de Dictadura, el procedimiento principal de actuación de la oposición liberal y conservadora fue tratar de influir en el Rey para marginar a quien él había aceptado como Dictador. Alfonso XIII se daba cuenta de lo que se jugaba con la admisión del régimen dictatorial, pero éste, al menos a corto plazo, le daba la sensación de ser una solución viable y a la vez cómoda. Trató de moderar a Primo, pero éste era difícil de controlar en cualquier aspecto. Luego los políticos del turno empezaron a plantearse la posibilidad de recurrir al Ejército. La conspiración militar se inició en los medios liberales, pero tan consciente era de su necesidad Sánchez Guerra que en principio opuesto a colaborar con los militares, acabó por reconciliarse con el general Aguilera a quien él mismo había apartado del camino hacia el poder. Sánchez Guerra, aunque intelectualmente limitado, tenía un carácter entero y fama de austeridad. A su actitud se debe que Alfonso XIII decidiera aplazar durante un año la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Cuando finalmente en 1927 ésta se produjo, el político conservador, abandonó el país.

Si la Dictadura mostró las limitaciones de la política del turno, también puso en claro las de los republicanos. Estos no podían influir en el monarca, pero también era difícil que influyeran en el Ejército. Lerroux mantuvo una posición parecida a la de los monárquicos

liberales respecto del golpe de Estado. En principio parece haber estado a la expectativa, pero luego trató de influir en los medios militares a través de cartas de difusión restringida. En estas condiciones, la celebración del Aniversario de la I República en febrero de 1926 les permitió crear una coalición bajo el nombre de Alianza Republicana. Bajo ella se agruparon los grupos locales que constituían el republicanismo cada vez más moderado y para quien el líder iba siendo Lerroux. Mayor repercusión tuvo la actuación de Blasco Ibáñez en el exterior, donde era bien conocido como escritor; se dedicó a escribir folletos difamatorios contra el Rey, carentes de fundamento, pero efectivos entre los medios de izquierdas.

Azaña representaba un republicanismo nuevo, que si no sustituyó al antiguo, ni tuvo posibilidades reales de desplazar a Primo de Rivera, evolucionó en un sentido que habría de tener relevante influencia en la vida política de la 11 República; él preveía exigir a la UGT un programa de reformas sociales y realizarlas desde el poder, con la colaboración de los socialistas.

2. LA DICTADURA Y LOS PROBLEMAS MILITARES

Las primeras muestras de oposición militar al régimen de Primo obedecieron a factores personales importantes y motivos políticos no determinantes. El general Cavalcanti había sido colaborador del Golpe, pero pronto se decepcionó porque éste no tuvo como consecuencia la constitución de un gabinete civil; fue nombrado jefe de la Casa militar del Rey y parece ser que bordeó la conspiración militar.

No tuvo tampoco trascendencia el hecho de que algunos militares con puestos de delegados gubernativos se enfrentaran con el Dictador que los había nombrado por haber cumplido su misión con excesivo celo o por enfrentarse con un cacicato propicio al régimen.

La oposición militar no tuvo un aglutinante político hasta 1925 que es cuando empezó a adquirirlo y progresivamente se fue radicalizando desde una actitud liberal y con deseos de restablecer el sistema constitucional, a una proclividad hacia el republicanismo. Se formaron bajo la dirección de Segundo García unas Juntas Militares que tenían la misión de facilitar medios a las viudas de los caídos en acción, pero que sirvieron para un propósito conspiratorio (conspiración que resultó abortada). En 1926 los generales Weyler y Aguilera empezaron a conspirar con la vieja política; lo que deseaban era que regresara el liberalismo oligárquico y su propósito era evitar cualquier desvío hacia la República. La colaboración entre políticos y militares se hizo manifiesta en los sucesos de la noche de San Juan (Sanjuanada) en junio de 1926.

Lo que sucedió entonces no estuvo bien organizado; pero demostró que una parte del Ejército y la política civil anterior al golpe, habían coincidido. Weyler parece que fue el iniciador de la conspiración cuyo manifiesto sin embargo, no suscribió. Estaba redactado por Melquíades Álvarez y suscrito por Aguilera. La trama era muy endeble y estaba condenada de antemano. Primo aprovechó para sancionar a los militares que intervinieron junto a los políticos profesionales monárquicos y republicanos y periodistas e intelectuales como Marañón.

La ruptura de la unidad del Ejército la produjo el conflicto artillero y no la sanjuanada. El dictador había pensado en promover un sistema de ascensos basados en la calidad y no en la antigüedad defendida por los militares africanistas en contra de los peninsulares y los junteros. Cuando transformó la Junta de Clasificación para los ascensos fue inmediatamente acusado de hacerlo para introducir el favoritismo.

El conflicto más grave que se le presentó a la Dictadura al tratar de aplicar estos procedimientos de ascenso, fue en el Cuerpo de Artillería. Desde noviembre de 1923 Primo quiso cumplir ese propósito, debiendo renunciar los oficiales de Artillería a sus ascensos obtenidos de esta forma. En 1926, con un decreto, relevó de sus promesas previas a los oficiales de Artillería que hubieran renunciado a los mismos. La protesta fue encauzada por la intervención del rey, pero los malentendidos y el empeinamiento de Primo, hicieron que el enfrentamiento se hiciera muy grave: se impuso a la Artillería el sistema general de ascenso y cuando los ascendidos quisieron presentar las instancias de retiro y se resistieron, acuartelándose, el Gobierno declaró el estado de guerra y suspendió a toda la oficialidad de Artillería. Se produjeron graves incidentes en la Academia de Segovia y en la de Pamplona. En teoría, el Gobierno triunfó: confinó a los oficiales de Artillería, redujo los efectivos del Arma y obligó a los que quisieran volver a su situación anterior a jurar fidelidad al Gobierno como hicieron.

El movimiento artillero hizo que se rompieran las relaciones del Dictador con el Ejército y le proporcionó un enemigo tenaz. Pero hubo algo peor: que no sólo afectó al régimen, sino también a la monarquía. El Rey trató de intervenir en el ejercicio de su función mediadora, pero Primo amenazó con dimitir, dando publicidad a los motivos de los artilleros. El Rey cedió y para la Artillería esa actitud fue juzgada como la evidencia de una connivencia entre ambos.

La creación de la Academia General Militar en Zaragoza, está en relación con la voluntad homogeneizadora que el general quiso imponer en el Ejército. La dictadura trató también de perseguir las inmoralidades administrativas, expulsando a algunos oficiales.

3. LA DICTADURA Y LOS INTELECTUALES

Primo acabaría enfrentándose también con la intelectualidad. Había una modernización creciente en la sociedad española y la educación se había desarrollado mucho. En esta España más culta, no es extraño que la postura política de los intelectuales tuviera una especial relevancia social; además, el carácter del Dictador provocaba en su contra a los intelectuales. Su formación era escasa y no tenía inconveniente en enfrentarse públicamente y ante la opinión, con escritores a los que no entendía ni respetaba.

Primo y los intelectuales tenían algo en común: el regeneracionismo; por eso Azorín y Ortega mostraron una benevolencia respecto al golpe militar. Hubo también opositores como Unamuno, Pérez de Ayala, Araquistain o Azaña, pero también quienes como D'Ors o Maeztu, habían evolucionado desde sus posturas liberales a otras de creciente autoritarismo.

El 1^{er} enfrentamiento entre los intelectuales y Primo fue en 1924 y supuso la consagración de Unamuno como el representante 1º de la protesta en los medios culturales. Había expresado en una carta privada, juicios muy duros sobre el nuevo régimen. En su postura había un eco de su posición liberal y también un enfrentamiento casi personal con el Dictador y con el monarca. Por ello, fue confinado en Fuerteventura, de donde escapó. Durante el resto de la Dictadura estuvo en París, donde tuvo una crisis personal y una vez superada, se dedicó al libelo político. Sus juicios acerca de la Dictadura de Primo eran durísimos, aunque no siempre justos. Logró que se identificaran con él los miembros de la vieja Generación como Machado, Blasco Ibáñez y Valle Inclán.

Durante la mayor parte de la Dictadura, los sectores intelectuales oscilaron entre la postura de Unamuno y la de Ortega y Gasset. Este trató de establecer una clara distinción entre el mundo político y la reflexión intelectual que quería desvincular de la situación española. También reflexionó Ortega y más que estar a favor de la Dictadura, lo que hizo fue manifestar su repudio al régimen anterior y su confianza en la posibilidad de que una dictadura regeneracionista se hiciese eco de alguna de sus propuestas. Al final, renunció cuando se censuraron sus artículos.

De manera sucesiva se produjeron conflictos entre el régimen y los intelectuales: la persecución de la lengua catalana, la censura, el inicio del curso 1924 en que el catedrático Sainz Rodríguez atacó a Costa e indirectamente a las ideas regeneracionistas del directorio, etc. Entre las figuras más destacadas de esa oposición intelectual merecen mención De los Ríos, Jiménez de Asúa y G. Marañón. En 1926 Primo aceptó un doctorado honoris causa de la Universidad de Salamanca y argumentó su derecho a recibirlo diciendo ser doctor en ciencia de la vida. Desde ese momento, no hubo ya tolerancia del mundo intelectual respecto a su persona. Incluso Benavente que le apoyó en principio.

Aunque el Gobierno modificara en un sentido conservador la Junta de Ampliación de Estudios, en realidad no tuvo una política cultural específica y partidista. La Generación de 1927 se caracterizó por su voluntad de eludir cualquier tipo de compromiso social. Surge en estos años en España y en todo el mundo, como expresión literaria, la protesta contra la guerra y el patrioterismo.

El desarrollo de esa literatura coincidió con la protesta intelectual generalizada, fenómeno de relevancia política a través de la protesta de los estudiantes, ya en la fase final del régimen. Los 1^{os} conflictos tuvieron lugar en 1925-26. A comienzos de 1927 nació la Federación Universitaria Española (FUE) que en principio tenía carácter profesional y que pronto lo tuvo político. Los problemas del Régimen con los estudiantes tuvieron su origen en una iniciativa de Primo y sus colaboradores: con las órdenes religiosas hizo que en el Estatuto Universitario de marzo de 1928 se incluyese un artículo por el que los centros universitarios no oficiales con más de 20 años de existencia podrían realizar sus exámenes mediante tribunales compuestos por 2 miembros del centro y uno de la Universidad estatal. La disposición sólo afectaba a los agustinos de El Escorial, que renunciaron a ese derecho y a los Jesuitas. A las huelgas de los profesores se sumaron los estudiantes.

En 1929 graves incidentes estudiantiles hicieron que se cerraran la mayor parte de las Universidades y la reacción de Primo fue muy poco hábil pues trató de arreglar el desorden con medidas rigurosas (pérdida de matrículas) o mostraba una voluntad de intervenir en el Gobierno de la Universidad, contraproducente incluso para la propia institución monárquica. Los estudiantes se politizaron en sentido republicano. Tenía una procedencia social burguesa y con su protesta daban más relevancia a la de los intelectuales y éste acabó por decantarse beligerantemente contra el régimen, dada la falta de tacto de Primo. Además, sus declaraciones tuvieron como consecuencia la beligerancia final de los intelectuales: Sainz Rodríguez que había aceptado un puesto en la Asamblea Nacional, la abandonó y Azorín escribió contra la ofensiva del Dictador respecto a la Universidad. Ortega dimitió de su cátedra, igual que Sánchez Román o García Vacas. Algunos intelectuales más politizados (Jiménez de Asúa o Marañón) evolucionaron hacia el socialismo.

4. EL COLAPSO DE LA DICTADURA

Inició su declive en 1928. Los éxitos estaban ya lejanos y a la decadencia física de Primo de R. había que añadir la incertidumbre al imaginar la articulación política de un nuevo régimen; es posible que en 1929 tuviese deseos de abandonar el poder. La murmuración contra el arbitrio y la sensación de ridículo, hicieron más, en contra del régimen que las propias conspiraciones. Estas arreciaron ese año. A finales de enero, estalló una en Valencia con Sánchez Guerra y fue como un pronunciamiento con la voluntad de evitar que se alterara el orden social; se trataba de conseguir un retorno al sistema liberal anterior. Los conspiradores se encontraron con que el apoyo real que tenían era muy inferior al esperado. El general Castro Girona acabó echándose atrás, lo que impidió el fracaso de la intentona. Cuando fue juzgado Sánchez Guerra se convirtió de acusado en acusador y además resultó inocente.

La 1ª reacción de Primo ante las dificultades, consistió en endurecer su régimen, pero siempre con la conciencia de que no había de ser sino una solución provisional. Pasada la 1ª reacción, Primo opta por el abandono del Poder, sin tener en cuenta lo que eso podía suponer para la Monarquía. Las soluciones de transición que imaginó fueron tardías o contradictorias. En Julio de 1929 trató de ampliar la Asamblea consultiva a la representación corporativa y los antiguos presidentes del Consejo de Ministros, pero el resultado fue decepcionante.

Ya en declive ante la opinión, vio que sus esfuerzos para ampliar la base de su régimen eran vistos como un signo de debilidad. Hasta sus propios ministros le insistían en la necesidad de llevar a cabo una consulta electoral que pusiera fin a su régimen. En dic. de 1929 propuso un nuevo plan al Rey que consistía en convocar una Asamblea única formada por 250 senadores y 250 diputados. Este proyecto tenía el doble inconveniente de no tener nada que ver con la Constitución de 1876 ni con el anteproyecto elaborado por la Asamblea Nacional. La idea de Primo era también que el Conde de Guadalhorce presidiera la transición. Alfonso XIII pidió tiempo para estudiar la solución propuesta.

Mientras, la coyuntura económica positiva de los años 20 se deterioró; cayó la peseta. Una comisión presidida por Flores de Lemus estudió la posibilidad de implantar el patrón oro, pero pronto se hizo patente que en el descenso de la peseta había factores muy diversos: de carácter político que derivaban de la incertidumbre del propio régimen. Los conflictos sociales reaparecieron en 1929. La tensión social era el resultado de la situación política. Ella colaboró a la conspiración militar que en Andalucía, cuyo capitán general era D. Carlos de Borbón, se llevaba a cabo prácticamente a la luz pública, especialmente en Cádiz, donde la protagonizaba el general Goded. Si Primo de R. no hubiera decidido por sí mismo retirarse, una conspiración militar hubiera acabado con él.

El Dictador por su cuenta y sin advertir al Monarca, dirigió una consulta a los altos cargos militares que le dijeron que podía contar con su apoyo siempre que tuviera también el del Rey. La consecuencia fue la inmediata dimisión. No es extraño que el Rey mostrara una "disimulada indignación y digna severidad" ante lo sucedido, pues por ese procedimiento no sólo se le ignoraba por completo, sino que además se suprimía la opinión pública e incluso no se tenía en cuenta la de la mayor parte del Ejército. Su abandono de la política no era ya un sacrificio, sino una liberación para él.

Muchos han considerado el régimen dictatorial como antecedente directo del franquismo. Suele ser habitual señalar lo positivo de la gestión de Primo de R. en el terreno económico y respecto a Marruecos y lo negativo, en el terreno político. Este balance negativo era en última instancia, inevitable por la propia simplicidad del regeneracionismo que alimentaba las posturas del Dictador. Desde el punto de vista de la Monarquía, este último resultó muy grave, pues según Gabriel Maura, era una ofensa el hacer creer al pueblo español que se mantuvo la Dictadura firme año tras año, sin otro apoyo que el del Rey y la camarilla militar del Dictador el régimen iniciado con fuerte apoyo popular, lo mantuvo parcialmente. La oposición no reconoció este apoyo y atribuyó al monarca la gestación y el mantenimiento del régimen. El Rey por otro lado con sus declaraciones y decisiones había quedado dependiendo de la Dictadura, de modo inevitable.

Alfonso XIII fue culpado de los males de la Dictadura e incapaz de apuntarse ninguno de sus éxitos y no era responsable ni de uno ni de otros y probablemente había seguido al decantarse por ella, la propia evolución de la opinión pública. Esta era más consciente y protagonista que en el comienzo del siglo y ahora pudo exigir responsabilidad al monarca.

5. EL ERROR BERENGUER

Cuando surgió la crisis del régimen dictatorial, Cambó escribió un libro: *Las Dictaduras*. Al gobierno de transición le recomendaba, además de mantener el orden público, que no "cayese en el apasionamiento de juzgar abominable todo lo que la Dictadura había hecho" y que no juzgara como óptimo las cosas anteriores a ella. Estos consejos eran imprescindibles dada la situación que el país vivió al final de la Dictadura de Primo. Uno de los procesos políticos más difíciles era el tránsito de una situación dictatorial a otra de normalidad constitucional. Al final llegaría el colapso de la Monarquía para sorpresa de todos, incluso republicanos.

El que se encargó de sustituir a Primo fue el también general Dámaso Berenguer que durante los 6 años anteriores se significó por su moderada oposición al régimen era el más liberal de los 3 sugeridos por el Dictador al Rey los otros dos fueron Martínez Anido y Barrera. Cuando anunció sus propósitos de volver a la constitucionalidad, la opinión pública le fue favorable y sus medidas liberales fueron bien acogidas. En sus los meses parece que desaparecieron las conspiraciones militares. Desde el principio también se observaron graves deficiencias en su gobierno, además hay que indicar la inquina contra el monarca. Otro fallo de Berenguer era la lentitud que imprimió a su acción de gobierno.

Su gabinete mantenía las prerrogativas autoritarias de la Dictadura, pero decía caminar hacia la legalidad constitucional aunque lo hacía con morosidad. Los comentaristas calificaron a este sistema como la "dictablanda". Esa lentitud hacía que se deteriorara su popularidad. La razón podía ser el exceso de optimismo de Berenguer.

Una de las cosas que hizo mal fue el querer volver atrás, como si eso fuera posible. Sólo tuvo el ofrecimiento franco y desinteresado de un sector público, a la hora de formar su gobierno: el de Bugallal que representaba el más caduco producto del caciquismo conservador. Su gobierno se apoyaba sobre la tradicional corrupción política del mundo rural, indiferente y pasivo y su política económica mantuvo una postura anacrónica.

Sin embargo había algunas soluciones que dentro de la Monarquía, habrían sido más renovadoras y lo más importante es que el Rey Alfonso XIII no había tenido inconveniente en

aceptarlas. En ese momento, Alfonso XIII tuvo que tomar las decisiones más difíciles de su vida: desde los extremos del espectro político, una actitud y la contraria, le eran exigidas en nombre de altísimos deberes. Es probable que si hubiera podido, hubiera abandonado el trono; ante Alba se mostró dispuesto a celebrar un plebiscito sobre su persona y llegar a la reforma constitucional. Fue éste uno de los posibles protagonistas de una solución más renovadora. El Rey se entrevistó con él en París en junio de 1930 y aceptó en principio la resolución de un Gobierno de Izquierdas, pero Alba tuvo falta de decisión y audacia y carecía de afectos monárquicos que le impidieron hacerlo.

Cambó, enfermo, tuvo que actuar entre bastidores. La Lliga igual que en 1918 se lanzó a una campaña de propaganda en toda España con más sentido renovador que el que tenía el gobierno. Factor importante de esta campaña fue la creación, ya con el gobierno de Azaña, de un Centro Constitucional del que formaban parte los regionalistas, los antiguos mauristas, sectores católicos que luego militarían en la CEDA... Este partido llegó demasiado tarde como para renovar la política monárquica.

El error de Berenguer, decía Ortega, no era el que hubiera cometido errores, sino que otros los habían cometido al hacerle presidente del Consejo de Ministros. Si se pensaba que la vuelta atrás era posible, es porque se opinaba que los españoles pertenecen a la familia de los ovinos, pero ahora, opinaba Ortega, el pueblo español había cambiado.

6. LA CRECIDA DE LA OPOSICIÓN

Con frases del propio Berenguer, España fue como una botella de champán que se destapa. La opinión pública empezó a desempeñar un papel activo en la política. A ello ayudaba la difícil situación económica que empezaba a percibir las 1^{as} consecuencias de la crisis de 1929, mientras que en algunas provincias andaluzas la sequía provocaba paro y huelgas. Tanto el Rey como Berenguer sufrieron la ofensiva violenta de los descontentos de la derecha y la izquierda.

Cuando Primo de Rivera abandonó el poder, Alfonso XIII le dijo que salvaba por 2^a vez a España. La Unión Patriótica se convirtió en Unión Monárquica Nacional. Buena parte de sus miembros pensaban que el gabinete de Berenguer era mediocre; para los jóvenes de este partido, el mal estaba en el régimen constitucional y parlamentario, en los mismos fundamentos liberales de la Restauración.

La oposición al gobierno de Berenguer corrió a cargo del lado de la izquierda moderada. La CNT empezó su reconstrucción; en mayo de 1930 se autorizó su legalidad y se puso en contacto con los republicanos. Mola y Berenguer mantuvieron cierta relación con sus líderes más moderados, pero protegieron al sindicato libre. En la UGT y el partido socialista, empezaba a predominar la tendencia más claramente antimonárquica representada por Indalecio Prieto, furioso adversario personal de Rey desde el Ateneo de Madrid.

Las clases medias también se mostraban desviadas de la persona del Rey. Un grupo de políticos que se habían significado por su oposición al régimen dictatorial, formaron el llamado Partido Constitucionalista. Carecían de apoyo popular y el mismo hecho de su edad, hacía difícil que pudiera arrastrar a las masas. Sin embargo parecían mucho más motivados por razones ideológicas y no por deseos de poder. Lanzaban reticencias e insinuaciones contra el monarca, sin llegar a proclamarse republicanos (Sánchez Guerra, Burgos y Mazo, Bergamín y Melquíades

Álvarez). Sólo hubo 2 políticos monárquicos que hubieran ocupado puestos importantes y que pasaban la línea entre Monarquía y República.

Miguel Maura, con el carácter liberal del maurismo y su antialfonsinismo, acabarán por producir una de las vertientes del republicanismo, y Osorio Gallardo. Menos impetuoso que Maura, Niceto Alcalá Zamora, tardó mucho más en decidirse. En abril de 1930 lo hizo, solicitando para España un régimen político republicano pero esencialmente conservador desde el punto de vista político, social y religioso.

El republicanismo histórico permanecía marginado ante esta oleada de pronunciamientos antialfonsinos o antimonárquicos. Sólo el sector que dirigía Lerroux tenía alguna organización. Durante el Gobierno de Berenguer se produjo un cambio importante en el republicanismo español; su apariencia exterior fue menos demagógica, bohemia y anticlerical que antes. Transformó su apariencia exterior a base del apoyo de nuevas clases sociales y sobre todo de una movilización política de las masas.

El Pacto de San Sebastián en agosto de 1930 fue la consagración de la alianza entre los 2 tipos de republicanos (el nuevo y el viejo) Además de Alcalá Zamora, Miguel Maura, Azaña, Lerroux, participaron también en la reunión, miembros del catalanismo republicano (la antigua Acció Catalana) y del galleguismo (Casares Quiroga). Indalecio Prieto representó al socialismo. Así el Gobierno de Berenguer quedaba cada vez más marginado de las fuerzas políticas reales. A partir de ese momento existió un gobierno provincial republicano que en Madrid se reunía en el Ateneo y estaba presidido por Alcalá Zamora.

La colaboración de un importante sector de intelectuales y una parte del Ejército, acrecentó la fuerza del republicanismo. Los 1^{os} acudieron a la llamada de una Agrupación al Servicio de la República que nació tras un manifiesto de Ortega y Gasset, Pérez de Ayala y Marañón. Con respecto al Ejército, los republicanos se veían favorecidos por la existencia de una protesta general. Quizá el mejor representante de la tradición conspiratoria militar fuera el general Queipo de Llano. Algunos intelectuales como Salvador de Madariaga, no colaboraron con el republicanismo. Hubo un intento de golpe en Dic. de 1930, pero había una gran desorganización en las filas de los conspiradores contra la monarquía. Las masas obreras estaban generalmente pasivas, pues en Madrid, Besteiro aconsejó la colaboración con el movimiento.

Mientras, el gobierno de Berenguer pasaba una fase crítica. Su lentitud en la acción había enajenado a la Monarquía. La crisis surgió con el problema de las elecciones. Su anuncio produjo una oleada de amenazas de abstención, desde fines de enero de 1931 hasta mediados del mes siguiente: a continuación los constitucionalistas, republicanos, socialistas y Alba, dijeron que no irían a las urnas y por último, también lo hicieron los liberales y Cambó.

7. EL ERROR DE AZNAR Y LAS ELECCIONES DEL 12 DE ABRIL

La crisis política no tuvo fácil solución. El Rey se dirigió a Alba que se negó a colaborar y luego a Sánchez Guerra ya Melquíades Álvarez. Sánchez G. pidió (grave error) el con curso de los republicanos que lo rechazaron Los dos renunciaron a presidir el Gobierno porque el Rey no aceptó algunos de los nombres propuestos como ministros.

El Gobierno de Aznar tenía carácter de concentración monárquica en colaboración regionalista; Tomaron parte desde la derecha representada por De la Cierva y Bugallal a la

izquierda de García Prieto y Romanones, pasando por Berenguer, Ventosa y el duque de Maura. Aznar prometió convocar elecciones. Los propósitos del gobierno eran liberales: Aznar había sido uno de los pocos militares que se opuso al golpe del 23. Pero no se puede decir que el nuevo gobierno tuvieran carácter renovador. Además, era totalmente heterogéneo y sin dirección. Aznar había sido elegido por ser muy mediocre en política, como para no asustar a nadie. En los mayores momentos de peligro de la Monarquía, se dedicó a leer a Rocambole y a Trotski y pudo ser considerado como un juguete de Romanones. Los ministros carecían de un programa común y en los momentos difíciles actuaron cada uno por su cuenta.

El Gobierno monárquico no consiguió calmar la agitación de la opinión pública. Los disturbios universitarios siguieron y ante ellos no se adoptó una política coherente por las tensiones entre los miembros del Gabinete. Aznar convocó elecciones municipales y las llevó a cabo rápidamente. En éstas, resultaba más clara la diferencia de comportamiento entre el mundo urbano y el rural. Hubo gran incertidumbre en los resultados, pues eran imprevisibles y fue una novedad que el poder público no interviniese.

Otro rasgo fundamental fue la apatía de los monárquicos que casi no hicieron propaganda y fueron a las elecciones, desunidos. Tanto la Unión Monárquica Nacional como los monárquicos liberales temían que su alianza tuviera efectos contraproducentes para sí mismos. Lo único que le quedaba a la Monarquía eran los caciques, capaces de artimañas, pero no de enfrentarse a un despertar de la opinión pública nacional. Esta se produjo y es el rasgo más importante de esas elecciones.

Los resultados de la elección han sido muy discutidos. Siempre, durante el reinado de Alfonso XIII se había dado distinta importancia a los resultados de los núcleos urbanos y del medio rural. Ahora, en los 1^{os}, la Monarquía sufrió un descalabro; las capitales de provincias dieron la victoria a las izquierdas. Las diferencias eran aún mayores en votos que en concejales (en Madrid el triple que los monárquicos, y en Barcelona, el cuádruplo).

Por vez primera en España el Gobierno era derrotado en unas elecciones. Votaron las zonas que se habían pronunciado en contra de una Monarquía que en el ámbito local no estaba ya representada por ninguna fuerza renovadora, sino sólo por los caciques. En el medio rural se había continuado sin votar.

8. LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE LA MONARQUÍA

Los resultados de las elecciones sorprendieron al país, a los monárquicos y a los republicanos, que no esperaban ese éxito. Después de la proclamación del nuevo régimen, varias figuras del monarquismo debatieron las responsabilidades de este hecho. Cualquier cosa que se hubiera intentado para mantener el régimen habría sido un fracaso y con derramamiento de sangre. Cada sector político monárquico optó por su propia actuación independiente sin consultar a los demás. El general Berenguer envió a los altos cargos militares un telegrama por el que pretendía apartar al Ejército de la política partidista.

El Duque de Maura, a espaldas del Consejo de Ministros, se puso en contacto con los republicanos para llegar a un acuerdo en relación con las elecciones legislativas, sin lograr nada de ellos. Romanones no veía otra posibilidad que la ordenanza de transmisión de poderes.

Consciente de la derrota, su actitud fue la de hacer los máximos esfuerzos para que la caída de la Monarquía se hiciese en el menor daño posible.

El desarrollo de los acontecimientos consiguió convencer a los miembros del gobierno provisional republicano de la posibilidad de tomar enseguida el poder.

El Rey, de acuerdo con sus consejeros, pensó en principio abandonar temporalmente el Trono, hasta las elecciones legislativas, pero el desarrollo de los acontecimientos le indujo a optar por suspender la potestad real y abandonar el país. No pensó en resistir con ayuda de la fuerza, tal como le proponían. En esta ocasión, igual que en otras, el monarca mostró más sentido común que algunos de sus colaboradores.

La caída de la Monarquía no tenía por qué haber sido inevitable, pues no había sido menos regeneracionista que otros sectores de la sociedad española, pero la realidad es que esta última, prescindió de las instituciones monárquicas como si fueran un estorbo para su modernización.